

Salvaje cielo azul

Mateo Febres Guzmán

Premio de Poesía 'Dolores Veintimilla' 2022

Salvaje cielo azul

© Mateo Febres Guzmán

La obra *Salvaje cielo azul*, de Mateo Febres Guzmán, ganó el Premio ‘Dolores Veintimilla’ de Poesía 2022, de la Sede Nacional de la Casa de las Culturas, y se imprimió con el apoyo de la Prefectura de Pichincha.

Fernando Cerón Córdova

PRESIDENTE DE LA SEDE NACIONAL

David Larriva Regalado

DIRECTOR DE PUBLICACIONES Y EDITORIAL

EDICIÓN:

Diego Chamorro

CORRECCIÓN DE ESTILO:

Cristina Morales Ruiz

DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN:

Tania Dávila López

Natalia Monard Guzmán

DISEÑO DE PORTADA:

Natalia Monard Guzmán

Primera Edición

ISBN: 978-9942-34-095-5

IMPRESIÓN: Fondo Editorial CCE



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria
www.casadelacultura.gob.ec
Quito-Ecuador



Salvaje cielo azul

Mateo Febres Guzmán

Prólogo

Salvaje cielo azul: el poema o la lengua que no cesa

La lectura de un poema lírico supone una vivencia de comunidad para quien lee. La sensación de que las palabras, ideas o imágenes vertidas en el poema nombran o dibujan exactamente aquello que la lectora ha sentido o experimentado es una de las formas más acabadas del continuo que une a todxs lxs amantes en el sustrato en el que nuestras sensibilidades se hacen una sola —la misma, aunque se evoquen rostros y cuerpos diferentes—. Esa comunidad de amantes que se erige alrededor del poema produce un temblor. Como sostiene Eagleton, no es menor que un texto escrito hace cientos o miles de años exprese con exactitud aquello que hoy, tantas epístemes de por medio, oprime el pecho de una mujer o un hombre que ama. He vivido esto con la lectura de la obra de Anne Carson, Cristina Peri Rossi, Estela Figuerola, David Ledesma Vázquez, Roy Sigüenza, Roque Dalton, Sharon Olds, y otrxs tantxs, pero, el día que escribo este prólogo para el primer libro publicado por Mateo Febres Guzmán, puedo asegurar que es con su obra poética con la que acontece para mí esa comunidad más que con la obra de cualquier otrx. No hay una escritura lírica que sea más cercana a las formas en las que concibo el amor que la suya. Y esa es una suerte que me llena de alegría. Refulgen las palabras y las metáforas como si no hubiera encuentro posible por fuera del nuestro, como si compartiéramos el mismo amor por las

mismas cosas y los fenómenos se activaran siempre ante ojos que han aprendido a mirar igual.

Salvaje cielo azul es el título que mejor describe aquello que, a quienes vivimos en Quito, no deja de sorprendernos aunque pasen los años o la ciudad nos oprima, y tiene que ver con un paisaje que nunca es el mismo porque no hay un día en el que ese cielo se repita. Se produce una desgarradura cuando caminamos otras ciudades lejos de la intensidad de un cielo que se transforma a cada segundo para alivianar los fardos que pesan sobre los hombros de quienes lo miran. El «salvaje cielo azul» devela, asimismo, un perfil del silencio: ese cielo no arrastra ruidos ni voces; es el silencio constitutivo del poema. Este título no solo dice algo sobre la experiencia de vivir en Quito y sobre cómo el paisaje nos atraviesa y nos determina, sino que también es una metonimia de la inconfundible fuerza con la que el yo lírico vive la experiencia del amor. A la delicadeza de sus maneras y de la construcción de sus versos, se contrapone el salvajismo de un alma desbocada que no conoce límites, que se traga el objeto del deseo y a sí misma, que entra en trance con todo lo que le genera congoja o alegría desbordadas, que no es débil aunque apenas haya nacido.

El libro se divide en tres fragmentos: «Las Ruinas», «Fulguración de las ruinas» y «La desnudez final». Los títulos de los dos primeros revelan la raigambre benjaminiana de nuestro poeta, nos remiten al ángel de la historia que mira las ruinas del pasado dando las espaldas al futuro. Esa imagen del ángel, en este libro, se resemantiza para significar cómo el amor vuelve siempre a nosotrxs con la fuerza de los amores pasados que nos constituye, porque aunque a cada amadx se le otorga un ritmo y una potencia particulares, las experiencias pasadas brillan cada vez que Amor

irrumpe. Es así que lxs amantes no solo aman a su amadx en el presente, sino a todo lo que en el mundo existe, o ha existido, y sobre lo cual posan su atenta mirada. El título del tercer fragmento juega con el doble sentido: evoca la desnudez del cuerpo deseado, pero también nos lleva por los caminos que recorre el lenguaje cuando tratamos de decir algo sobre la experiencia del cuerpo.

«Las Ruinas» se compone de cuatro poemas en los que se recurre al tiempo presente y al pasado indistintamente. También acude al subjuntivo, el modo de lo que no existe, pero imaginamos con la fuerza que crea o que destruye. Echar mano de los distintos tiempos verbales nos refiere un amor que ya no es en términos de la experiencia concreta, pero que no ha dejado de acontecer o presentizarse. La voz cantante es profundamente melancólica y vuelve sobre los lugares en los que el encuentro se dio, nos remite a los detalles como con una lupa para la que nada es pequeño y todo tiene sentido. Dice en «El telescopio espacial James Webb»:

Lo que quisiera ser además de lo que soy:

la soledad del telescopio espacial James Webb fotografiando
las primeras galaxias que jamás se formaron –
estar así de lejos de la Tierra
contemplando el fulgor de las constelaciones y de estrellas
azules puntiagudas –
no recordar sino transmitir –
la imagen de su cuerpo en la oscuridad del espacio –
los poemas que le escribí con las manos en llamas –
sus lágrimas al despedirnos en el aeropuerto –
nuestra mirada impávida de tanto año transcurrido.

En este fragmento el amor no cesa, apenas se interrumpe; no agoniza, sino que se reconstituye. Si algo me deja

su lectura, siguiendo a Badiou, es la certeza de que exige una fidelidad más allá de la coyuntura en la que embiste contra el cuerpo y el ánimo, más allá de los sujetos que agencian su acaecer.

En el segundo fragmento, «Fulguración de las ruinas», compuesto por diez poemas numerados, el yo lírico habla desde otro país, desde México, en donde constata que su estar en el mundo sigue regido por el signo del amor del pasado. Nos remite a una ciudad vaciada, seguramente por la pandemia o por el ojo que ya no es capaz de fijarse en nada que lo conmueva. La distancia del objeto de su deseo resulta cruel y es en este fragmento en el que su melancoía deviene radical. Así escribe: «*el amor es hermoso porque muere*». El yo lírico se embriaga no solo a causa del consumo desmedido de alcohol. El estado de embriaguez es inmanente al cuerpo que está padeciendo porque el amor no puede ser más en el plano corporal, porque la distancia es insoportable, porque la pérdida, carne de su carne, le enseña algo sobre sí mismo y sobre la vida. La embriaguez es la felicidad que nace en medio del dolor.

En «La desnudez final», el último fragmento, Mateo asume un tono diferente respecto de los dos primeros. Aquí, el yo lírico trabaja la premisa sobre la que se erige su práctica escrituraria, una suerte de *ars poetica*: la vida y la palabra no pueden desconocerse, se deben la una a la otra. El trabajo de montar la poesía sobre la experiencia vital es arduo y a ratos supone cierto descreimiento, fatiga e incluso ironía. La desnudez a la que nos remite es la suya propia: «qué tanto más desnudo debo estar para con la palabra dar a luz todo aquello que hoy se esconde y que se esquivo de mis manos que persiguen, ilusorias, la imagen de algo nuevo el rostro de lo que no ha existido nunca». En «Hospicio», refiere la posibilidad de un final

fuera del centro, encerrado a causa de la locura, que es el temor de toda alma que entiende que la vida es vivible solo cuando la sensibilidad no aflora. Entonces le pide a su amada que no lo olvide. El yo poético prefiere ser en la memoria que quien lo amó, antes que en un mundo desprovisto de conmoción.

Conozco a Mateo desde hace más de un año y nuestro encuentro ha sido luminoso y, para mí, determinante. Escribir este prólogo, por lo tanto, no ha significado simplemente decir algo sobre *Salvaje cielo azul*. Significa, ante todo, el broche de nuestra amistad y amor profundo. Mateo es un joven escritor que no deja de sorprender a quien lo conoce, por su sensibilidad, porque lo ha leído todo, porque no le es indiferente la belleza, sino que se conmueve ante ella y la celebra como si cada día la descubriera fascinado.

María Auxiliadora Balladares
Universidad San Francisco de Quito (USFQ)
Abril, 2023

Para María Auxiliadora Balladares

*De lo perdido, de lo irremediablemente perdido,
solo deseo recuperar la disponibilidad cotidiana
de mi escritura, líneas capaces de cogermel pelo
y levantarme cuando mi cuerpo ya no quiera aguantar más.*

Roberto Bolaño

PRIMER FRAGMENTO

Las Ruinas

Islas

Como habiendo sido testigos de la niebla
nos sumimos en una desnudez de orilla de río
entre las vísceras de la cañada.

(Ebrios de tempestad
mirámonos atónitos;
luego los rostros sumergidos en las manos
recordando tantas cosas muertas ya,
y tantas cosas vivas que no nos pertenecen.

En este oscuro parto roto en dos
partimos a la orilla yerma,
a la amplitud de la arena
y acariciamos nuestros cuerpos
como intentando airear la casa,
como intentando darle forma al agua).

Es esa nuestra desnudez.
(Incendio y guillotinas).

Son esas nuestras islas multitudinarias
(la desnudez, única patria)
en que colapsamos lentamente
hacia un rumor de río
en el fondo (visceral)
de la cañada.

Carnaval

Envíame recortes de periódico,
devuélveme lo recordado intacto
pero ensangrentado de tu sangre,
pero ardiendo de tu ardor.

Dime todas las cosas a partir de los silencios,
vayamos recogiendo de las ruinas
nuestro hogar dilapidado,
nuestra fragmentación,
y pongámonos a hacer castillos en el lodo
acariciándonos las manos.

Desmoróname,
adultérame,
profáname.
Destruyeme la cara
o confeccióname una máscara
a través de la cual yo pueda verte
cuando llegue el carnaval.

Alúmbrame y déjame huérfano.
Arrógate el poder de darme nombre,
átacame,
desperdíciame,
consúmeme.

Asáltame, quítame todo,
hazme sangrar.